

# La cuestión del otro en la poesía argentina y la crítica postcolonial: una unión posible

María del Carmen Marengo  
Universidad Nacional de Córdoba

*A José Emilio Pacheco,  
inolvidable maestro,  
por todo lo que aprendí con él,  
por las horas infinitamente hermosas  
que nos regalaba a sus alumnos.*

Qué, decís  
Que ellos no sienten  
El jacarandá bajo la lluvia?

“Qué, decís...”,  
Juan L. Ortiz,  
*El alma y las colinas*

te di en la tierra qué colores sonorositos magamente  
remotas gemas de collares ascuas de piedras de otras  
gentes besos de piedras recobradas entre tus manos  
vieja fiebre alegría vieja o amoríos de aquella aquel que  
están sin frente te regalé gualicheríos piedras de dulces  
redondeles

“Te regalé unas cuentas indias”,  
*Elegías de la piedra que canta,*  
Juan Carlos Bustriazo Ortiz

## **El giro postcolonial<sup>1</sup>**

La problemática de la otredad ha resultado clave para definir parámetros de relación entre individuos, sectores sociales y culturas a lo largo de la Historia. Dado el recorte temporal que abordamos en este libro, circunscripto al siglo XX y lo contemporáneo, nuestro alcance se inscribe en la Modernidad. Ahora bien, cuando hablamos de Modernidad nos referimos a Occidente, ya que de ningún modo la línea de

---

<sup>1</sup> La investigación y la recolección de datos correspondiente al postcolonialismo asiático ha sido realizada con la colaboración de Ana Cremona.

tiempo histórica a la que corresponde ese período puede ser aplicada a todas las culturas y naciones. La hegemonía de ese paradigma temporal y su aceptación sin mayores reflexiones, al menos para quienes pertenecemos a una cultura occidental, obedece a la operación colonialista que Occidente ejerció sobre el resto del mundo justamente dentro del período Moderno y que constituye una de las marcas de definición de esa era. Es por esto que, luego de la independencia de las colonias, surgen diferentes intelectuales que cuestionan la imposición y universalización de ese paradigma y es así como en la década del 80 surge el Grupo de Estudios Subalternos, formados por intelectuales sudasiáticos, especialmente provenientes de India, dirigido por Rahajit Guha. El grupo pone en cuestionamiento a las narrativas occidentales y aboga por una nueva historiografía marxista escrita desde la perspectiva del colonizado; de este modo, se propone darle voz a los silenciados por el colonialismo y el capitalismo. La problemática de “el Otro” resulta crucial aquí y adquiere características específicas a través del concepto de “subalterno”, que se retoma de Antonio Gramsci. La noción de subalternidad permite ir más allá de las diferencias de clase propias de la sociedad industrializada y contemplar la diversidad étnica, de género, de naciones, de edades, entre otras. No obstante, en 1985 Gayatri Spivak plantea la polémica con su ensayo “¿Puede hablar el sujeto subalterno?” (Spivak, 1998). La autora comienza su planteo discutiendo los conceptos expresados por Gilles Deleuze y Michel Foucault en la conversación “Los intelectuales y el poder” (Foucault, 1992) cuestionando la noción de “clase obrera” y sus correlativas de “lucha obrera” o, simplemente, “trabajadores”, tomadas como una totalidad esencial que no da cuenta de la complejidad surgida de la división internacional del trabajo impuesta por el capitalismo global. Spivak pone en el tapete la problemática acerca de la subalternidad en cuanto a la necesidad de considerar la existencia en el mundo de sujetos sociales absolutamente desprovistos de voz y que, por lo tanto, no pueden crear un eslabón de representatividad. El subalterno constituiría, así, una clase específica de alteridad representada por aquellos sectores dejados totalmente al margen de la discursividad social. De este modo, una de las principales propuestas del pensamiento postcolonial es la de la ilegitimidad de hablar por el otro. Lo que el intelectual comprometido debe lograr es facilitar las condiciones para que los sectores postergados puedan hacerse de una voz social.

El impacto de este sistema de pensamiento en el ámbito de los estudios literarios latinoamericanos tal como se desarrollan en la academia en los Estados Unidos tiene lugar durante la misma década y se evidencia cuando en 1992 un grupo de intelectuales

formado por John Beverley, Javier Sanjinés, Walter Dignolo, Ileana Rodríguez, José Rabasa, entre otros, escriben el Manifiesto Inaugural del Grupo Latinoamericano de Estudios Subalternos. Este texto fue inicialmente escrito en inglés y publicado en la revista *Boundary 2* (Vol. 20, Número 3) con el título de “Founding Statement”. A partir de allí, esta corriente ha tanto hegemonizado los estudios en aquel país como recibido numerosas críticas, entre las cuales una de las principales es la de establecer la agenda para Latinoamérica desde los principales centros universitarios norteamericanos. Walter Dignolo, no obstante, observa la presencia de pensadores latinoamericanos que desarrollan teorías alternativas desde antes que los intelectuales indios, tales como Roberto Fernández Retamar, Enrique Dussel o Roberto Kusch (Castro-Gómez y Mendieta, 1998; Dignolo, 2003). Estos autores no han tenido la trascendencia internacional de aquellos, según Dignolo, por dos factores: por un lado, la supremacía del inglés y, por otro, la construcción de Latinoamérica por parte de los centros académicos de poder como objeto de estudio y no como centro de producción teórica. Desde este punto de vista, propone la categoría de “postoccidentalismo” como más productiva para Latinoamérica que la de “postcolonialismo”, “concebido como proyecto crítico y superador del occidentalismo, que fue el proyecto pragmático de las empresas colonizadoras en las Américas desde el siglo XVI, desde el colonialismo hispánico, al norteamericano y al soviético.” (1998, 49). Retomando a Fernández Retamar, señala como prioritario tener en cuenta que la independencia de América Latina se inicia con la rebelión de esclavos en Haití, lo cual pone en tensión el problema de la clase con la cuestión étnica:

La tensión entre clase y etnia, en la independencia haitiana, pone sobre el tapete el hecho de que el proyecto posoccidentalista no puede gestarse sólo sobre la base de la lucha de clases, sino que debe igualmente forjarse en la memoria de los tres grandes genocidios de la Modernidad, en los cuales las Américas están implicadas: el genocidio indígena con la llegada de los españoles, el genocidio de la diáspora africana, y el genocidio que comienza con la gestación misma de la Modernidad (la expulsión de los judíos de España) y que marca la crisis del proyecto. (1998, 50).

Por otra parte, Dignolo señala que la crisis de la Modernidad articula un conjunto de proyectos intelectuales paralelos que surgen a fines del siglo XX desde diferentes regiones: el postmodernismo europeo (Arendt, Lyotard, Baudrillard, Vattimo) y norteamericano, (Jameson), el postorientalismo (Said, Arkhun, Khatibi, Lisa

Lowie), el postcolonialismo en y desde la India (Guha, Spivak, Bhabha) y el proyecto postoccidental desde América Latina (Fernández Retamar, Dussel, Kusch, Silvia Rivera Cusicanqui) (1998, 51). A la vez, resulta importante señalar que un antecedente fundamental en esta línea, y específicamente ligado al postcolonialismo asiático y al postorientalismo, es la obra de Frantz Fanon, como pionera de una teoría de la descolonización. Dentro del marco del postestructuralismo francés, Spivak señala que el autor más útil y asimilable es Jacques Derrida, con su teoría de la deconstrucción y su modo de pensar la cuestión del Otro. (1998: 234)

Podemos observar, así, que este sistema de pensamiento global irrumpe como un total cambio de paradigma: a la noción logocéntrica de “Hombre” se impone la necesidad de una idea diversificada de sujetos o grupos sociales, como un modelo rizomático por sobre el modelo radial de centro y periferia; a la noción luminosa del proyecto modernizador de Occidente se la invierte, con lo que queda expuesto el más oscuro de sus reversos. La problemática del Otro resulta crucial y se coloca en el centro de las indagaciones. Ileana Rodríguez, en “Hegemonía y dominio: Subalternidad, un significado flotante” (Castro Gómez-Mendieta, 1998) (Castro Gómez-Mendieta, 1998) rescata de Guha las categorías de “lectura en reversa” y de “escuchar la pequeña voz” como modos de deconstruir los relatos hegemónicos a través de las grietas por donde emerge la presencia del subalterno: “El método de ‘lectura en reversa’ hace posible el cambio de sentido de los patrones canonizados por la cultura ilustrada o por la historia estatal, y pone al descubierto una nueva sensibilidad.” (1998: 94).

En esta operación de deconstrucción, Walter D. Mignolo reconsidera históricamente el concepto mismo de literatura y de esta manera lo pone en crisis como noción y práctica universal. El crítico observa cómo la concepción actual de literatura se forma en el siglo XVIII en Europa a través de la constitución de un dominio específico de la escritura asignado a las “bellas letras”, que de ningún modo puede extenderse universalmente: “Los conceptos de poesía y literatura son regionales y pertenecen a la tradición de las sociedades y culturas alfabéticas occidentales. No es ni mérito ni desmérito de una sociedad que ha tenido un desarrollo paralelo a la tradición de Occidente, no poseer o desconocer una forma de interacción que esta última ha conceptualizado y dado el nombre de poesía y de literatura.” (Mignolo, 1997: 13). Esto sirve para liberar a la literatura hispanoamericana colonial del cepo que le imponía el concepto de “lo literario” y dar lugar a la voz del Otro. En este sentido, Rolena Adorno, propone, yendo más allá, adoptar para Latinoamérica en el período de la colonia, el

concepto de “discurso colonial” en reemplazo del de “literatura colonial” (Adorno, 1997: 665-667).

A partir de aquí, es posible formularse algunas preguntas. Si el discurso literario tal como lo conocemos actualmente es una manifestación diferenciada de occidente, ¿con qué parámetros contamos para estudiar la producción discursiva de otras culturas? Si ese discurso es producto de las elites ¿en qué medida puede filtrarse legítimamente la voz del otro en él, sin que resulte una impostación? Por otra parte, y finalmente, ¿cómo colaborar, desde el ámbito literario para que el subalterno deje de serlo agenciándose un lugar discursivo en la sociedad? Vale decir, ¿cómo lograr que la voz del otro emerja en el tejido social dentro de un discurso asimilable a lo literario? Desde una posición radicalizada, John Beverley considera que el género que mejor expresa una nueva realidad cultural latinoamericana es el testimonio y no la nueva novela consagrada en el Boom (Beverley, 1987). Define al testimonio como una narración contada en primera persona por un narrador protagonista o testigo. Su unidad narrativa suele ser una vida o vivencia significativa que involucra cierta urgencia o necesidad de comunicación. Surge de una situación de represión, pobreza, explotación, militancia o guerra y su punto de vista es desde abajo. En muchos casos el narrador del testimonio es analfabeto o ajeno a los circuitos de producción literaria o periodística y es aquí donde interviene el intelectual como mediador, facilitando la escritura a través de la grabación de la voz genuina del narrador y su transcripción.

El testimonio sería, así, un espacio de emergencia de la voz del Otro, del subalterno ya sea en el sentido de Spivak o de Guha, pero a la vez resulta un concepto problemático desde el punto de lo literario, al menos en el lugar en que lo coloca Beverley. Si la capacidad de representación del Otro en la literatura es cuestionable, ya que el escritor es, por lo general, un individuo perteneciente a la elite, vale decir, un sujeto privilegiado social y culturalmente ¿qué espacio queda para esta desde el punto de vista de una ética social? Por una parte, es necesario considerar la importancia fundamental del testimonio para vehicular la voz del Otro, pero, por otra, también es imprescindible tener en cuenta que, a diferencia del texto literario, no se trata de una ficción ni de un discurso regido por la función estética, por lo que estaríamos ante dos tipos de registros textuales en absoluto asimilables. Lo importante en el caso de la literatura es poder observar cómo ésta constituye en sí un discurso permeable a diferentes voces y discursividades sociales. Y cómo, en diferentes casos, permite un cuestionamiento a los principios rectores de la Modernidad y a la hegemonía de

Occidente. Analizaré a continuación cómo la poesía, el discurso considerado tradicionalmente como el más solipsista y representativo de la subjetividad, en su desarrollo en Argentina ha permitido vehicular problemáticas afines a este pensamiento.

## **Poesía argentina y representación del Otro/lo Otro**

Luego de las Vanguardias de los 20 y pasada la Década Infame, los años 40 ofrecen un prolífico desarrollo de la poesía en el que, al menos, pueden distinguirse tres líneas. La que más comúnmente se suele considerar representativa de la década es el neorromanticismo, de tal modo que suele identificarse con la “poesía del 40”; esta vertiente se caracteriza por la temática intimista, el tono elegíaco y nostálgico y el cultivo de las formas tradicionales propias del discurso poético. Por otro lado, en la vereda opuesta, la década va a presentar un afianzamiento de la experimentación de carácter vanguardista a través del desarrollo de dos corrientes: es en estos años cuando se manifiesta el impacto del surrealismo en nuestro país con la obra de poetas como Aldo Pellegrini y Enrique Molina, entre otros, además del invencionismo, estética que propone y cultiva Edgar Bayley. Y una tercera línea, que guarda características comunes con las dos anteriores pero que se diferencia notoriamente de ellas por el cultivo de una temática fuertemente social. Se trata del desarrollo del movimiento “La Carpa” en Tucumán, integrado por Manuel J. Castilla, Nicandro Pereyra, Raúl Galán, entre otros autores. Es en “La Carpa” donde va a presentarse una explícita preocupación por el otro, a partir de lo que se plantea en el texto de presentación, incluido en el Boletín “Muestra de...” publicado en 1943: “Nosotros preferimos el galardón de la poesía buscando las esencias más íntimas del paisaje e interesándonos de verdad por la tragedia del indio, al que amamos y contemplamos como a un prójimo, no como a un elemento decorativo” (Marengo, 2007: 123-24). La obra de Manuel J. Castilla será una clara representación de esta propuesta, al publicar en 1944 *Luna muerta*, poemario dedicado al sometimiento del aborígen mataco y chaguanco<sup>2</sup>, y, en 1949, *Copajira*, libro sobre la explotación de los mineros. Estos dos volúmenes temáticos muestran un interés por las problemáticas sociales más acuciantes asumiendo, no obstante, recursos de exploración vanguardista.

Contemporánea de la formación de La Carpa es la publicación del “Poema conjetural” de Jorge Luis Borges (*La Nación*, 4 de julio de 1943), donde el autor revisa

---

<sup>2</sup> Acerca de este tema, véase mi artículo, publicado en este volumen.

la dicotomía civilización y barbarie. La problemática de la otredad será capital en la obra del autor e irá adquiriendo diferentes modalidades. Así, posteriormente al planteo en clave histórico-social de “Poema conjetural”, más afín al desarrollo de su narrativa, en el plano de su poesía, y especialmente luego de *Elogio de la sombra* (1968), la temática se orientará hacia lo personal e íntimo.

En la década siguiente, la empresa comenzada en “La Carpa” se continuará con *Tarja*, revista que aparecerá en Jujuy y se publicará entre 1955 y 1960, de la que formarán parte Mario Busignani, Jorge Calvetti, Andrés Fidalgo, Néstor Groppa y Medardo Pantoja. Allí también colaborará Castilla, además de, entre otros, Jaime Dávalos, Héctor Tizón, Raúl Galán, Joaquín Giannuzzi, Carlos Mastronardi. A diferencia de “La Carpa”, que estuvo limitada a escritores del norte, será una publicación que recibirá colaboradores de todo el país. Al igual que “La Carpa”, el proyecto de *Tarja* también abarcó la publicación de libros, entre los cuales se encuentra el *Libro de homenaje*, de Jorge Calvetti, en 1957. La poesía de este autor recuperará también la figura del aborigen desde una mirada del Otro próximo, pero no a partir de la problemática social contemporánea sino del pasado histórico de Jujuy. A diferencia de Castilla, que se solidariza con un Otro que no deja de estar distanciado radicalmente, Calvetti, asumiendo el legado cultural e histórico de su provincia, se ubica como un heredero legítimo de un pasado incaico, fuera de una problematización sobre la pertenencia étnica.

Más allá de los marcos generacionales, tres poetas van a desarrollar un trabajo con la representación de la otredad en diferentes variables y de una manera totalmente singular lo que permite destacarlos dentro del desarrollo del género. Uno de ellos es Juan L. Ortiz. Luego de unos dos años de residencia en Buenos Aires, en 1915 Juanele volverá a su Entre Ríos natal y vivirá en Gualeguay hasta 1942, año en que se radicará en Paraná hasta su muerte. Desde la década del 30, Juanele construirá una poética de consustanciación del yo lírico con el paisaje, que coloca al mundo natural en relación de semejante con lo humano. Así, el yo proyecta sobre todos los elementos de la naturaleza, tanto lo que tiene vida como lo inerte, una voluntad de participación en una sensibilidad compartida, lo que formaría una verdadera comunión, no sin un carácter utópico, por cierto. De este modo, se disuelve la visión antropocéntrica propia del Occidente moderno, que concibe al hombre como un ser separado del resto del mundo natural y, por lo tanto, a la naturaleza como un Otro subordinado a lo humano. Esta condición de otredad es reconocida en la misma poesía de Juanele, cuando acerca de las

nubes (en función metonímica de lo natural) dice: “Siendo ellas todo ‘el otro’ o los latidos del ‘otro’” (1970, II: 169). Aquí se tiende una mano para formar una unidad cósmica sensible con ese Otro que quedó desplazado y volver a religarse en una totalidad superior.

También nacida en provincias, pero radicada a temprana edad en Buenos Aires, Olga Orozco formó parte de la generación vanguardista de los 40, si bien rechazó siempre su inscripción estética en los movimientos específicos. Su obra de los primeros años recoge las temáticas y el tono propios del neorromanticismo (la infancia, la casa paterna, el mundo de los muertos en un tono de nostalgia y melancolía) pero, a diferencia de aquel, rompe con las formas poéticas tradicionales y los desarrolla en el plano de lo experimental. Distanciándose de los poetas neorrománticos, sus poemas de aquellos años ya dejan entrever la existencia del Misterio como algo latente en el mundo. A partir de la década del 50, su poética abordará la tematización de lo Oculto, el Misterio, el lado Otro de la racionalidad y la experiencia occidental.

La tercera autora que se destaca es Alejandra Pizarnik. Más precisamente inscrita en la experimentación formal de los 60, una de las grandes contribuciones de la obra de Pizarnik a la poesía argentina es el trabajo con el poema breve, que con recursos experimentales vanguardistas explora las particularidades expresivas de un lenguaje condensado. Heredera, a su vez, de las poéticas románticas y simbolistas, su poesía presenta la escenificación lingüística en que el Yo es un Otro: “expresar con palabras de este mundo, que partió de mí un barco llevándome.” (*Árbol de Diana*, 1964). Este desdoblamiento muestra un sujeto escindido en tensión con las posibilidades del lenguaje para representarse: “El poema que no digo, / el que no merezco. / Miedo de ser dos / camino del espejo: / alguien en mí dormido / me come y me bebe.” (*Árbol de Diana*, 1964).

A partir de la década del 60, se abren tres líneas diferentes. Una es la que constituye la poesía de autores militantes comprometidos políticamente como Juan Gelman y Francisco Urondo, que continuará a partir de los 70 Jorge Boccanera. Esta tendencia representa, a nivel de nuestro país, el estilo conversacional que comienza a desarrollarse en la época en el plano continental hispanoamericano, lo cual implica una irrupción del lenguaje cotidiano en el discurso poético, con una correspondiente simplificación de los recursos retóricos y formales. Siguiendo la tradición iniciada por la poesía de Boedo, en esta línea aparece la solidaridad con el otro social, el oprimido. Otra línea estaría constituida por poetas en los que se manifiesta una búsqueda que

podría definirse como clásica, en el sentido de recurrir a parámetros de claridad y armonía y una búsqueda formal dentro de los elementos de la tradición culta, entre los que se encontrarían Alejandro Nicotra, Osvaldo Guevara, Rodolfo Godino, Rafael Felipe Oteriño o Jacobo Regen, y que en la década siguiente sumará a Horacio Castillo. Y una tercera línea comprende a un conjunto de autores afincados en su marginalidad provinciana, desde donde desarrollan una poética que pone en conjunción la labor experimental con elementos temáticos locales. Vale decir, que reelaboran contenidos de las culturas tradicionales profundas a través de una composición experimental, lo cual reubica esos contenidos en un plano totalmente novedoso e inquietante. Entre los autores que componen esta línea puede mencionarse a Francisco Madariaga, Juan Carlos Bustriazo Ortiz, Jorge Leónidas Escudero, Romilio Ribero. Ya sea con un sofisticado arsenal expresivo de filiación surrealista, como en el caso de Madariaga o de Romilio, a través de la apropiación del habla popular sanjuanina en el caso de Escudero, o de una poesía altamente musical que incorpora tanto el neologismo como terminología aborígen, en el caso de Bustriazo Ortiz, estos autores recuperan una otredad cultural arcaica desde una conciencia de pertenencia y de participación identitaria del yo lírico en esa cultura otra para el mundo urbano moderno. Salvo en el caso de Francisco Madariaga, quien se radicara en Buenos Aires en la década del 50 y por lo tanto habría participado de los círculos literarios capitalinos, los demás autores permanecieron en el aislamiento provinciano y recién en los finales del S. XX comenzaron a trascender al ámbito nacional.

Los años de la última dictadura no resultaron pródigos en el surgimiento de nuevos autores o nuevas estéticas como otras épocas. Uno de las novedades más importantes es la creación de la editorial Último Reino en 1979 bajo la dirección de Víctor Redondo. Aquí publicará Néstor Perlongher, una vez reinstaurada la democracia, sus libros más importantes. La obra de Perlongher, quien fuera militante trotskista y del Frente de Liberación Homosexual, resultará pionera en la reivindicación de género. Junto con la de Diana Bellessi conciliarán la explicitación del homoerotismo con la recuperación de los mitos populares, nacionales en el caso de Perlongher y latinoamericanos en el de Bellessi, como condición para la identidad. La poesía de Bellessi, a su vez, reúne la representación del antecedente cultural latinoamericano con el de la zona rural argentina de origen inmigratorio.

La denominada poesía de los noventa va a traer la relativa novedad de la irrupción de un lenguaje otro al discurso de la poesía. Digo relativa puesto que esta

operación se inicia entre las décadas del 50 y 60 como parte de la programática de la poesía conversacional y de la antipoesía. La innovación de los noventa consistiría en una exacerbación de esa tendencia, al incorporar una lengua no ya simplemente coloquial sino callejera y en algunos casos soez. Tal es el caso de Martín Gambarotta o de Cucurto (en menor medida el de Fabián Casas, quien se inscribiría en parámetros conversacionales más “clásicos”)<sup>3</sup>. El feísmo promocionado por los noventistas se inscribe en el discurso poético violentándolo por lo que uno de los principales efectos de la empresa es la provocación. Por otro lado, una sustancial diferencia con la poesía conversacional de los 60 es un existencialismo nihilista, en oposición a la toma de posición política con visos utópicos de aquella. Párrafo especial merece, por la temática que interesa aquí, la obra de Washinton Cucurto, luego reducido el nombre a simplemente Cucurto, en tanto que aborda la representación de la marginalidad en sus diferentes facetas, ya sea de origen local o inmigratorio. Si bien en algunos textos el trabajo con el lenguaje no carece de maestría, la actitud celebratoria de lo marginal, aún en sus planos delictivos, xenofóbicos y sexistas, resulta superficial en la indagación del Otro y sus condiciones de posibilidad.

Los comienzos del Nuevo Siglo, con el desarrollo de Internet, de publicaciones en soportes alternativos (libros cartoneros, artesanales, etc.) luego de la crisis desatada en 2001 y con un permanente surgimiento de editoriales pequeñas y especializadas en el género a partir de que éste quedara desplazado de las grandes editoriales como resultado de la globalización, han permitido el crecimiento de una multiplicidad de estéticas así como la visibilidad de lo producido en diferentes zonas del país. Si bien el paradigma noventista aún tiene vigencia, el campo ofrece una enorme libertad de expresión y un amplio abanico de posibilidades para la circulación de las obras. La dominante general puede encontrarse en el retorno a un lenguaje depurado y en el abandono de las formas vulgares o, al menos, de su exacerbación. Dentro de este marco, las tendencias más notorias que pueden observarse son, por una parte, una recuperación de la tradición culta y de los recursos formales (rimas, verso medido, formas estróficas), con autores como Carlos Schilling y Ezequiel Zaidenweg; por otra, una línea que incorpora, dentro de un lenguaje elaborado, problemáticas históricas, elementos simbólicos y de diferentes tipos de discursos, representada por poetas como Juan Meneguín o Carlos J. Aldazábal; y, finalmente, una poesía, dentro de un lenguaje de parámetros coloquiales o

---

<sup>3</sup> Para un análisis de la poesía de Fabián Casas, véase el trabajo de Santiago Guindón incluido en este libro.

narrativos, que explora posibilidades metafísicas dentro de lo afectivo y cotidiano, donde se encontrarían Alejandro Schmidt, Silvio Mattoni, María Calviño y Enrique Solinas. Cabe aclarar que estas líneas son provisionarias y están, por lo tanto, sujetas a revisión, así como también que no constituyen compartimentos estancos (hay temas históricos en la poesía de Zaidenweg o en la de Schmidt, por ejemplo). En cuanto a la representación del Otro, puede destacarse el trabajo que realiza Carlos Schilling en *Confesiones impersonales* (2010), donde explora, a través del monólogo dramático, las posibilidades de la representación del mal plasmada en la voz del yo lírico. Otro aspecto es el que desarrolla Alejandro Schmidt, en cuya poesía se observa un avizorar lo Otro, ya sea como lo siniestro o lo trascendente.

Este recorrido, que de ninguna manera pretende ser exhaustivo sino abrir posibles líneas para investigaciones futuras, permite observar cómo la poesía resulta un discurso afín a la problemática de la Otredad. Ya sea desde la apreciación del lado “otro” de las cosas como desde de la búsqueda de una alternativa al *cogito* cartesiano o de la problematización o toma de partido por las diferentes formas de la subalternidad, el discurso poético cuestiona lo dado, indaga en lo silenciado, lee en reversa.

## BIBLIOGRAFÍA

### Teórica

AAVV. *The Latin American Subaltern Studies Reader*. Durham: Duke University, 2001.

Adorno, Rolena. “Nuevas perspectivas en los estudios literarios coloniales hispanoamericanos” en: Sosnowski, Saúl (Comp.). *Lectura crítica de la literatura americana*. Vol I. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1997. Págs. 664-679.

Beverly, John. *Against Literature*, Minneapolis: University of Minnesota Press. 1993.

---. *Del Lazarillo al Sandinismo. Estudios de la función ideológica en la literatura española e hispanoamericana*. Minneapolis: Prisma Inst., 1987.

Castro-Gómez, Santiago. Mendieta, Eduardo. *Teorías sin disciplina. Latinoamericanismo, postcolonialidad y globalización en debate*. México: Porrúa, 1998.

Foucault, Michel, Deleuze, Gilles. (1992) “Los intelectuales y el poder” en: Foucault, Michel. *Microfísica del poder*. Madrid: Ediciones de la Piqueta, pp.77-86.

Guja, Ranahit. “Prefacio a los estudios de la subalternidad. Escritos sobre la historia y sociedad sudasiática”, “Sobre algunos aspectos de la historiografía colonial en la India” y “La prosa de contrainsurgencia” en: Rivera Cusicanqui, Silvia y Barragán, Rossana Comp. *Debates postcoloniales. Una introducción a los estudios de la subalternidad*. Bogotá: Universidad Surcolombiana, 2007.

Lander, Edgardo (Comp.). *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales*. Buenos Aires: Clacso, 2000.

Mignolo, Walter. *Historias locales/diseños globales: colonialidad, conocimientos subalternos y pensamiento fronterizo*. Madrid: Akal, 2003.

---. "La lengua, la letra, el territorio (o la crisis de los estudios literarios coloniales" en: Sosnowski, Saúl (Comp.). *Lectura crítica de la literatura americana*. Vol I. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1997. Págs. 3-29.

--- *The Darker Side of Renaissance: Literacy, Territoriality and Colonization*. Ann Arbor: University of Michigan Press, 1998.

Parfeniuk, Aldo. *Bicentenario: cultura popular y nación*. Buenos Aires: Consejo Federal de Inversiones, 2011.

Spivak, Gayatri. "¿Puede hablar el sujeto subalterno?" (Trad. de José Amícola) en: *Orbis Tertius*. 6, 1998. Págs. 175-235.

## Crítica

Cohen, Sara. *El silencio de los poetas: Pessoa, Pizarnik, Celan, Michaux*. Buenos Aires: Biblos, 2002.

Del Barco, Oscar. *Juan L. Ortiz. Poesía y ética*. Córdoba: Alción, 1996.

Fondebrider, Jorge (comp.), *Tres décadas de poesía argentina: 1976 - 2006*. Buenos Aires: Libros del Rojas, 2006.

Legaz, María Elena. *La escritura poética de Olga Orozco: una lección de luz*. Buenos Aires: Corregidor, 2010.

Marengo, María del Carmen. "El problema del otro en la poesía de Jorge Luis Borges" en *Variaciones Borges*. 35, 2013. Págs. 265-276.

---. *Geografías de la poesía. Representación del espacio y formación del campo de la poesía argentina en la década del cincuenta*. Córdoba: Editorial de la Municipalidad de Córdoba, 2006.

Parfeniuk, Aldo. "Fronteras internacionales e intranacionales ante el Bicentenario. Poesía y cultura en Argentina" en: *Confluence. Rivista di Studi Iberoamericani*. 1, 2009. Págs. 74-88.

---. *Manuel J. Castilla. Desde la aldea americana*. Córdoba: Alción, 1990.

---. *Mundo Romilio. La poesía de Romilio Ribero en clave cultural*. Córdoba: Alción, 1995.

- Piña, Cristina. *Poesía y experiencia del límite: leer a Alejandra Pizarnik*. Buenos Aires: Botella al mar, 1999.
- Revista de crítica literaria latinoamericana*. Número monográfico dedicado al neobarroco. 76, 2012.
- Soler Cañas, Luis. *La generación poética del 40*. (Tomos I y II). Buenos Aires: Ediciones Culturales Argentinas, 1981.
- Sylvester, Santiago. *Poesía del noroeste argentino. Siglo XX*. Buenos Aires: Fondo Nacional de las Artes, 2004.
- Urondo, Francisco. *Veinte años de poesía argentina (1940-1960)*. Buenos Aires: Galerna, 1968.
- Veiravé, Alfredo. *Juan L. Ortiz. La experiencia poética*. Buenos Aires: Carlos Lohlé, 1984.